



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Homilía en la Santa Misa en honor de San Saturio, patrono de la ciudad de Soria S. I. Concatedral de San Pedro Apóstol (Soria) – 2 de octubre de 2011

Excmo. Cabildo de esta S. I. Concatedral;
queridos sacerdotes concelebrantes;
Ilustrísimas autoridades regionales, provinciales y locales;
queridos sorianos que habéis acudido a honrar al patrono de nuestra ciudad de Soria, San Saturio:

La celebración de la fiesta de San Saturio, patrono de nuestra ciudad, nos sitúa cara a cara con la figura, el ejemplo y el modelo de alguien que se torna interpelación para nosotros, pues su vida y sus virtudes son la encarnación de quien se encontró con el Señor, le siguió con todas las consecuencias y comunicó su experiencia a los que acudían a él o a aquellos que encontraba por los caminos.

Jamás tenemos que olvidar que los santos no son reliquias del pasado, *seres desfasados* que tuvieron mucho que decir en su tiempo y a los hombres de aquella época pero que hoy no tienen qué decir ni a la sociedad ni al hombre concreto. La realidad es bien diferente: en los santos -en su estilo y forma de vivir- encontramos el fiel reflejo de una vida según Dios; de una existencia entregada al Señor, que brilla con luz propia y que ha sido capaz de desarrollar fielmente la misión que el Señor le había encomendado. Por eso podemos afirmar que en los santos encontramos el ejemplo de una vida planteada y vivida desde los valores del Evangelio; una vida que testimonia públicamente la belleza del Amor divino, que comunica su experiencia a los demás para que los otros puedan encontrarse con el Señor, seguir sus huellas y su llamada, y ser testigos para otros -a la vez- de esta misma experiencia.

La vida de San Saturio, que según la tradición vivió en la segunda mitad del siglo VI y murió en el año 570, resume perfectamente el contenido de lo que es y debe ser -hoy y siempre- la vida de un cristiano auténtico; por eso, su existencia tiene mucho que decirnos a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, pues es un auténtico modelo -si podemos hablar en estos términos- de qué decir, cómo pensar, cómo vivir, cuánto amar, etc. Siempre y sobre todo conformándonos con Cristo y su Evangelio.

Procedente de una familia de nobles y ricos visigodos -a la muerte de sus padres y siguiendo la llamada del Señor como la del joven rico del Evangelio: "*si quieres ser perfecto vende lo que tienes, dáselo a los pobres, ven y sígueme*" (Mt 19, 21)- Saturio reparte sus bienes entre los más necesitados, se retira a una cueva en la sierra de Santa Ana y allí se dedica fundamentalmente a la oración y la contemplación. Ahora sólo tiene a Dios, que ha salido a su encuentro y le ha fascinado, y ya no va a vivir sino para lo que Dios le pida en todo momento. No le

importa haber vendido toda su hacienda repartiéndola a los pobres porque se ha encontrado con la perla preciosa del Evangelio -que es Cristo-, por la cual no tema dejar todo lo demás pues siente indefectiblemente que el Señor le llena mucho más que todo lo que ha dejado.

Su encuentro con el Señor transforma su vida totalmente y Saturio ya no vivirá para sí mismo sino para Él. Nuestro santo patrono logró hacer realidad en su vida aquel mandamiento de la ley de Dios: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser*" (Mt 22, 37), dejando y destruyendo en su vida la existencia de todos los demás *diosecellos* que podían separarle del Dios verdadero y que -al final- dejan siempre el alma del ser humano vacía. Así, Saturio decide sin miedo entregar toda su existencia a Cristo, el Único que llena su vida y que da respuesta a sus más profundos interrogantes.

Esta forma de vivir, queridos hermanos, cuestiona e interpela nuestra forma de vivir el Evangelio hoy. Nos llamamos cristianos y -a veces- dedicamos nuestras vidas al servicio de nuestros *diosecellos* particulares (el egoísmo, nuestros bienes materiales, nuestra comodidad, nuestra sensualidad, etc.), que nos esclavizan y nos hacen olvidar o arrinconar al verdadero Dios; se convierten así en nuestros particulares *becerros de oro* a los que rendimos el culto que sólo a Dios debemos tributar.

En este mundo materialista -en el que "*tanto tienes, tanto vales*"-, los cristianos frecuentemente dejamos que el ambiente nos salpique, y tantas veces pensamos y actuamos no como seguidores de Jesús y su mensaje sino como seguidores del mundo, mucho más sencillo de seguir y de adorar aunque luego nos deje vacíos. Nos decimos creyentes, hermanos, pero tantas veces nos olvidamos de los criterios del Evangelio para seguir las llamadas de una vida *facilona*, en la que incluso hemos *descafeinado* la fe, rebajándola hasta los niveles que hemos querido, convenciéndonos de que para ser cristiano vale cualquier cosa, profesando -en definitiva- un cristianismo adulterado.

El encuentro con el Señor debe transformar radicalmente nuestras vidas. Si nos decimos creyentes pero vivimos como cualquiera de nuestra sociedad, como tantos y tantos que no creen, deberíamos dudar de la autenticidad de nuestra fe. El ejemplo de San Saturio nos lleva hoy a preguntarnos por la autenticidad de nuestra fe personal y a pensar si nuestra vida se corresponde con lo que Dios espera de nosotros o si, por el contrario, hemos acomodado a Dios y la fe según nuestra propia conveniencia.

Junto a lo anteriormente dicho, otro rasgo de la vida de San Saturio que debe cuestionar la vida del cristiano de hoy es que él vivió su fe no sólo privadamente sino que fue testigo de ella ante los demás. Siente tal gozo por su experiencia de Dios y ésta llena de tal manera su vida que nuestro patrono no puede sino comunicarla a los demás; por eso, dedicará su vida a anunciar a Cristo y su mensaje para que sus coetáneos se sientan amados y llamados por Él, se conviertan, le sigan y se salven.

Ésta es -ni más ni menos- la misión que se nos encomienda a todos y cada uno de nosotros en el momento actual de la historia. La fe no puede ser sólo algo que uno vive privadamente; no puede ser algo a lo que uno es sensible cuando nadie le ve vivir y actuar. ¡No! La fe es un estilo de vida que debe transformar todo nuestro actuar y nuestro comportamiento para que aquellos que nos contemplan puedan percibir claramente la felicidad de creer en el Dios verdadero; los demás, al observarnos, se tienen que sentir contagiados y animados a vivir lo que nosotros vivimos, cómo nosotros vivimos y desde los valores que nosotros vivimos.

Por el contrario, si no llamamos la atención por nuestra forma de vivir en medio de este mundo laicista y empeñado en vivir sin Dios, es que tal vez nuestra vida se parece más a la del resto que al estilo de vida que Cristo pide de nosotros y al que nos hemos comprometido a vivir desde nuestro Bautismo.

El Señor ha dejado en nuestras manos su misma misión de anunciar a todos la salvación, de transformar el mundo según los criterios y planes de Dios. Si lo intentamos de verdad estaremos cumpliendo su encargo; si nos hacemos *uno más del montón* y vivimos como todo el mundo, como si Dios no existiera ni significara nada en nuestras vidas, nunca podremos ser luz y sal de la tierra sino que seremos nosotros los que estaremos necesitando de una profunda conversión.

El beato Juan Pablo II afirmaba que la misión del cristiano del siglo XXI era hacer presente a Cristo en el corazón del mundo; llevar a Cristo al corazón del mundo porque este mundo -que parece que se ha olvidado de Dios o que se ha empeñado en echar a Dios de él- sigue, sin embargo, necesitando de su amor, de su presencia y de los valores evangélicos. El hombre actual -que tanto ha confiado en la ciencia y en la tecnología, en sus propias fuerzas y sus medios económicos- se da cuenta de que nada de eso le da la respuesta auténtica a los grandes interrogantes y a los profundos sentimientos que alberga en lo profundo de su corazón; éstos sólo encuentran en Dios la verdadera respuesta y sólo a su luz son esclarecidos (cfr. *Gaudium et spes*, 22).

Pidamos a nuestro santo que -del mismo modo que él vivió su fe hasta las últimas consecuencias y enseñó a los demás a encontrar a Cristo con su palabra y su testimonio- nos ayude a nosotros a vivir nuestra vida de fe auténticamente, siendo testigos de ella en medio de este mundo que tanto lo necesita, para que todos los que conviven con nosotros se sientan llamados -por nuestra forma de vivir la fe- a creer en el Señor, auténtico Dador de sentido a la existencia humana. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria